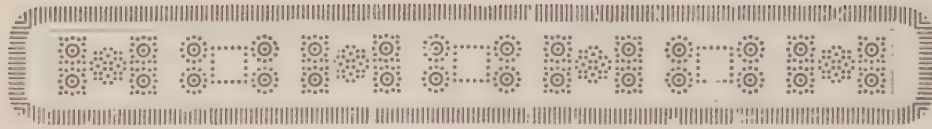


RAZON DEL ACTO

**DISCURSO DEL ILMO. SR. PRESIDENTE
DON JERONIMO ARMARIO Y ROSADO**

RAZON DEL ACTO

RECORD DEL LMO DE PRESIDENTE
DEL SENADO REPUBLICA DE BOLIVIA



SERENÍSIMO SEÑOR:
EXCMOS. E ILMOS. SRES.:
SRES. ACADÉMICOS:
SEÑORAS, SEÑORES:

Honra y merced singulares y apreciadísimas recibe hoy la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, al rendir el justo homenaje de su admiración y de sus más puros y entusiastas afectos a la mujer fuerte y valerosa, a la ilustre y genial escritora que inmortalizó el seudónimo de *Fernán Caballero*, a la insigne doña Cecilia Böhl de Faber y Larrea.

Honra y merced, Señores, que se avaloran y dignifican, al vernos presididos en esta memorable junta pública por S. A. R. el Srmo. Sr. D. Carlos de Borbón, ilustre y preclaro Infante de España, a quien tanto se respeta y se ama en esta Casa solariega de las Letras Sevillanas, por lo egregio de su cuna, por lo elevado de su función social, por la bondad de su corazón y por lo compenetrado que está con todas las cosas que dicen relación y favorecen la cultura en nuestra Ciudad.

Y es de notar en esto una feliz coincidencia, Señores. Un día, en 1856, *Fernán Caballero* sufría tristezas y amargura: desgracias de familia y reveses de fortuna la obligaron a abandonar la ciudad del Puerto de Santa María, donde por largo tiempo viviera, y la encaminaron a esta noble y hospitalaria ciudad, a la Sevilla de nuestros pensamientos y de nuestros amores. Y aquí, Señores, aquí tuvo la satisfacción y el consuelo de recibir las visi-

tas que personalmente le hicieron Su Majestad la Reina D.^a Isabel II y los ilustres Infantes de España, Duques de Montpensier; aquí recibió la ofrenda de una casa en el Patio de Banderas, que la generosidad y el magnánimo corazón de aquella Reina le hizo, para que la viviera y para que prosiguiese su obra de apóstol y de artista de la palabra escrita; y aquí, con las visitas y la ofrenda de la casa, recibió algo más, algo que vale mucho, Señores, el aprecio, la consideración y el afecto que tan augustas personas le demostraron y de verdad le tuvieron.

Esto fué ayer; hoy, Señores, honramos la memoria de *Fernán*; hoy le ofrendamos el homenaje que por tantos títulos le corresponde, y el hijo de cien reyes, el augusto Príncipe de Borbón, sigue aquellos ejemplos, y honra de nuevo a *Fernán*, presidiendo y realizando con su presidencia este acto solemne. ¡Gracias, pues, Srmo. Señor, gracias!

Gracias asimismo a vosotros, Sres. Excmos. e Ilmos., que enaltecéis esta fiesta con vuestra asistencia; y gracias también a vosotros, Sras. y Sres., que habéis tenido la bondad de responder tan amablemente a nuestra invitación.

Pero.... es lo que diréis vosotros.—¿Queréis decirnos ya el por qué de este homenaje a *Fernán Caballero*? ¿Queréis darnos la razón de este acto? ¡Qué me placel Escuchad.

Nada os diré de los méritos que tiene *Fernán*, para que se la honre: ¡son tan conocidos! Una tan excelsa escritora, «cuyas narraciones constituyen, en sentir del Padre Blanco, el pedestal de oro, sobre que se levantó después la novela contemporánea», y que tiene, según Menéndez y Pelayo, «el mérito supremo de haber creado la novela moderna de costumbres españolas, la novela de sabor local», y que en «sus cuadros de costumbres, como en muchas de sus novelas, rayó tan alto como el que más en esta clase de escritos»; una tan excelente escritora «que posee, en expresión de José María Asensio, la cualidad excelentísima de trazar los caracteres con pasmosa verdad, poniendo de relieve la figura del personaje y su fisonomía moral de manera tan gráfica, tan apropiada, tan natural, que se graba indeleble en el ánimo de los lectores, igualándose en este punto a los más célebres escritores, a Shakespeare y a Cervantes»; una escritora cuyas obras son legión y que pueden leer en su propia lengua, además de nosotros, los de habla española, franceses y alemanes, ingleses y rusos, bohemios y holandeses, pues a todos estos idiomas se han traducido; una escritora tan natural cuando describe, tan exacta cuando

narra, tan propia cuando pinta, tan delicada cuando habla, tan candorosa y buena siempre, y que todo lo embalsama con el perfume de su corazón, en el que se reunían y compendiaban los más puros, los más elevados sentimientos; una tan excelsa escritora, digo yo, es con toda justicia acreedora a que se la honre, a que se le tribute este sencillo y modesto, pero férvido homenaje de admiración y de amor.

Y acerca de Sevilla que se lo tributa, ¿qué os diré? ¡Ah, Señores! ¡Sevilla! gloria de la Bética; ciudad favorecida por la naturaleza con benigno y apacible clima, hermoçada con su cielo espléndido y azul, en suelo feraz y entre jardines asentada; Sevilla, celebrada por los historiadores, cantada por los poetas y amada por cuantos la conocen; Sevilla, llamada a ser por la urbanización un palacio y por el arte un museo, como es ya por la naturaleza un vergel y por la piedad un templo; Sevilla donde brilla el Sol, reverberando con esplendor inusitado en su atmósfera, cual si en ella pusiese menudas y ardientes partículas de luz y oro; luz, oro, esplendor, que puede compararse y competir, si no superar, a la pureza con que brilla la luz allá, en la tierra de los Faraones, en la desembocadura del Nilo, en el histórico y famoso Delta; o a las magnificencias que ofrece la radiación solar en la antigua y sin par Bizancio, en aquel hermoso lugar, en donde se dan el ósculo de paz y fraternidad Europa y Asia, en el celeberrimo «Cuerno de oro»; Sevilla, que es no solo justa, sino que se muestra generosa, cuando se trata de conceder honores merecidos; Sevilla, digo, había de asociarse y de hecho se ha asociado con toda justicia y con toda verdad a este acto, ofrendando el tributo de su dinero, de su aprecio, de su reconocimiento y de su amor a *Fernán Caballero* que tanto la amó, que en ella vivió, que en ella ejerció su magnífica labor, y que ha hecho llegar con sus escritos a todas partes, de polo a polo y de meridiano a meridiano, el perfume exquisito, el aroma embriagador de nuestros vergeles sevillanos.

Y por eso, Señores, por eso; cuando un día no lejano la Divina Providencia puso a nuestro alcance casi todos los objetos que constituyeron el gabinete de trabajo de *Fernán*, y con ellos preciosas miniaturas que la representan; un libro y unas cartas inéditas, y un libro de oraciones que termina con una, compuesta y escrita de puño y letra de la excelsa escritora; cuando pensamos que sería bueno darlo todo a conocer, para satisfacción y contento de los admiradores de *Fernán*, y juzgamos que nada sería mejor que hacerlo en un acto público y solemne, en una fiesta litera-

ria; cuando iluminados por estas ideas y movidos por estos sentimientos nos acercamos y llamamos a las puertas del Municipio sevillano, que son las puertas de Sevilla; cuando allí, acompañados de los Excmos. Sres. Director de la Academia de Bellas Artes, y Director del Museo, y de otras relevantes personalidades, expusimos nuestros pensamientos y nuestros deseos; todo fué, Señores, facilidad, todo aliento, todo cooperación, todo auxilio en orden a la celebración del homenaje a *Fernán Caballero*; homenaje, que, como véis, culmina hoy en este acto hermoso, público y solemne.

Y siendo esto así, Señores, en este mismo acto y de un modo también solemne y público, yo me complazco en dar, en nombre de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, muy rendidas y efusivas gracias a nuestro Excmo. Ayuntamiento, así como a todos los demás Señores que nos han favorecido y prestado su concurso en orden a la consecución de nuestros propósitos, que nos parece que, sin jactancia, podemos calificar de nobles y generosos.

Ya lo sabéis, pues, Señoras y Señores: la razón última, el porqué más remoto de este acto está, de un lado, en las excelencias de la escritora a quien se tributa, y de otro, en la reciprocidad del afecto que Sevilla le debe y le demuestra; la razón inmediata, el porqué próximo, en que queríamos tener la honra y el gusto de decirnos: Sevillanos; ¿os acordáis de *Fernán Caballero*? ¿Os acordáis de lo mucho que amó y de lo mucho que enalteció a Sevilla? Pues bien; aquellos sus instrumentos de trabajo, esto es; aquella silla en que se sentó; aquella mesa en que escribió; aquel libro en que rezó; aquel crucifijo en que se inspiró, ahí están; ahí los tenéis; vedlos. ¡Quién sabe si algún día podremos presentaros estos valiosos recuerdos en un local, que reproduzca, como si dijéramos, al vivo, aquel gabinete en que vivió, trabajó y rezó *Fernán Caballero*! Quiera Dios que así sea; y, mientras llega ese hermoso día, conservemos vivo nuestro entusiasmo por *Fernán*. ¡Gloria, pues, honor y alabanza a la insigne escritora!

HE DICHO.

